

CAPÍTULO LXX ⁽¹⁾

EL DRAMA ROMÁNTICO

D. Antonio García Gutiérrez y D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Fueron entrambos los dos más famosos continuadores que tuvo el drama romántico en España.

Al hablar de ellos, hemos de recordar las palabras cariñosísimas que les dedicó el poeta Zorrilla, quien los contaba entre sus predilectos y mejores amigos. «Narrador ameno del *Doncel* de Don Enrique, dramático creador del enamorado Macías, hablista correcto, inexorable crítico y desventurado amador,» llamó Zorrilla á Larra. Reconocía su talento, pero no entraba en la trinidad que «yo adoraba (dice) y que componían Espronceda, García Gutiérrez y Hartzenbusch».

Había nacido García Gutiérrez el 5 de Julio de 1813 en Chiclana, provincia de Cádiz. Sus aficiones al cultivo de la poesía empezaron desde niño, apartándole después de los estudios de medicina, carrera preferida por el padre.

Fugitivo de su casa, vino á Madrid cuando tenía veinte años, sin recursos y con muchas esperanzas y versos. Sentó plaza de soldado cuando decretó Mendizábal la quinta de 100,000 hombres.

El célebre actor Carlos Latorre presentó al público un drama que había escrito aquel joven. *El Trovador*, que así se titulaba la obra, obtuvo un éxito asombroso, extraordinario. Fué un día de gloria para el teatro nacional la fecha del estreno en el teatro de la Cruz, 1.º de Marzo de 1836. El autor, vestido de miliciano, salió al escenario á recibir los aplausos de la multitud que, entusiasmada y delirante, pedía que el autor se presentara. Aquel movimiento de consideración y simpatía al creador de la obra tan bien acogida, era una *novedad* introducida por el público en nuestros teatros.

«Los espectadores (dijo Larra) pidieron á voces que saliese el autor; levan-

(1) Véase los Capítulos LXVII y LXVIII.

tóse el telón, y el modesto ingenio apareció para recoger numerosos *bravos* y nuevas señales de aprobación.» Y añadía como comentario gratisimo:

«En un país donde la literatura apenas tiene más premio que la gloria, sea ese siquiera lo más lato posible: acostumbémonos á honrar públicamente el talento, que esa es la primera protección que puede dispensarle un pueblo, y es la única también que no pueden los Gobiernos arrebatarse.»

Los partidarios del romanticismo, tan numerosos y fervientes, que aun saboreaban el triunfo de sus procedimientos de escuela con el insuperable éxito del *Don Alvaro* en 1835, vieron con inmenso júbilo la repetición de sus venturosas complacencias. La nueva obra era producto también de la revolución literaria iniciada, dechado de inspiración, modelo de viriles arrogancias, nueva manifestación estética de alta valía, que rompía tan abiertamente como la ofrecida antes por el Duque de Rivas con todas las vejeces del clasicismo desacreditado, y trazaba los nuevos rumbos que debían seguir las modernas producciones escénicas, ricas en interés y originalidad, espléndidas en la forma y en la delineación y contrastes de las figuras y situaciones, variedad de escenas y amplitud y perfección de las composiciones dramáticas.

Aquel triunfo conseguido por García Gutiérrez quedó referido con elogios, no comunes en su pluma, en uno de los admirables trabajos que redactaba el gran crítico de entonces, don Mariano José de Larra.

«El autor del *Trovador* (dijo Larra) se ha presentado en la arena, nuevo lidiador, sin títulos literarios, sin antecedentes políticos: solo y desconocido, la ha recorrido al son de las preguntas multiplicadas *¿quién es el nuevo?*, *¿quién es el atrevido?*, y la ha recorrido para salir de ella victorioso. Entonces ha alzado la visera, y ha podido alzarla con noble orgullo, respondiendo á las diversas interrogaciones de los curiosos espectadores: *Soy hijo del genio y pertenezco á la aristocracia del talento.* ¡Origen, por cierto, bien ilustre; aristocracia que ha de arrollar al fin todas las demás!

El poeta (continúa diciendo), ha imaginado un asunto fantástico é ideal, y ha escogido por vivienda á su invención el siglo xv; halo colocado en Aragón y lo ha enlazado con los disturbios promovidos por el Conde de Urgel.

Con respecto al plan, no titubearemos en decir que es rico, valientemente con-



Antonio García Gutiérrez.

cebido y atinadamente desenvuelto. La acción encierra mucho interés, y éste crece por grados hasta el desenlace.»

Larra disculpaba los defectos de que la crítica podía hacer cargos al *Trovador* por la poca experiencia dramática del autor; y aun esto no lo decía como reconvencción, porque le parecía injusticia pedirle en la primera obra lo que sólo el tiempo y el uso pueden dar.

«Ha imaginado (son sus palabras) un plan vasto, un plan más bien de novela que de drama, y ha inventado una magnífica novela; pero al reducir á los límites estrechos del teatro una concepción demasiado amplia, ha tenido que luchar con la pequeñez del molde.

De aquí el que muchas entradas y salidas estén poco justificadas; entre otras la del proscrito Manrique en Zaragoza y en palacio, en la primera jornada; la del mismo en el convento en la segunda; su introducción en la celda de Leonor en la tercera, cosa harto difícil en todos los tiempos para que no mereciera una explicación. Tampoco es natural que el Conde Don Nuño, que debe desconfiar mucho de las proposiciones tardías de una mujer que ha preferido el convento á su mano, la deje ir al calabozo del Trovador, y más cuando no es siquiera portadora de ninguna orden suya para ponerle en libertad, sin la cual seguramente no puede bastar ni servir de nada la concesión lograda.»

A pesar de todos los reparos que hicieron la crítica y los secuaces del disgustado clasicismo, el público decidió por unanimidad la inmensa victoria del *Trovador*. Era el definitivo triunfo de los nuevos ideales. Aquella fecunda originalidad, alteza de pensamientos, fuerza de expresión lírica, desborde de inspiración y hermosura de versos, que imitaban los sublimes rasgos de las bellezas calderonianas, no podían por menos de arrebatarse á la multitud con extremos delirantes.

Ningún juicio crítico se ha formado acerca del gran drama de García Gutiérrez tan reposado y justo como el del ilustre literato don Cayetano Rosell. Por eso vamos á copiar algunos párrafos como justo homenaje al poeta.

«¿Qué era en suma el *Trovador*? ¿La resolución de un problema social, el himno del amor patrio, libre ya de los hierros que le habían aprisionado, la sátira que esgrimía el azote sobre la frente de sus verdugos? ¿Aspiraba á restaurar el espíritu que palpita aún en las páginas de Sófocles y de Eschylo, el lacio sentimentalismo de los modelos franceses?

El autor lo tituló drama *caballeresco*. Figaro, el crítico entonces por excelencia, aun reconociendo las grandes bellezas que resultaban en la composición, reparaba sin embargo en el paralelismo de sus dos exposiciones, de las dos pasiones sobre que giraba, el amor y la venganza; en que la muerte de Leonor y la de Manrique resolvían un doble desenlace, y en que, destacándose por igual tres caracteres, no sobresalía en virtud de ninguno la figura del protagonista.»

Escrúpulos eran éstos, en opinión del señor Rosell, más que objeciones razonables; y así no es posible que ninguna producción resista. La importancia de un personaje no excluye el interés que excitan los que cooperan á su fin ó com-

pletan su carácter. La diversidad de situaciones y sentimientos no bastaban á distraer al espectador de la angustia de la catástrofe: una para todos los que intervenían en la acción, porque en un tejido común habían de coincidir todos los hilos de aquella trama.

«Celebróse principalmente en el drama de García Gutiérrez el carácter de originalidad que le distingue así del romanticismo germánico como del aventurero espíritu francés y de la sistemática expresión lírica de nuestros dramáticos del siglo de oro. No había para qué entrar en estas comparaciones. Sustancialmente no podía desprenderse del organismo propio de su naturaleza. Retroceder, era desvarío; anticiparse á su época, temeridad indisculpable en quien no podía ostentar todavía en su escudo blasones conquistados en recientes ó antiguas lides. Con dejarse llevar de su genio inspirador, penetrarse del sentimiento de la belleza, del ideal contemporáneo, y abrir su corazón, no al estéril recuerdo de caducas glorias, sino á la esperanza de futuros engrandecimientos, aclarábase su razón, la capacidad de su ánimo se dilataba, y tras la aurora crepuscular que asomaba en su fantasía, brotaba entre encendidos arreboles el sol de su inteligencia. Este era el secreto de sus aciertos, el arte que le granjeaba ofrenda tan sincera de admiraciones y simpatías.

Si bajo el concepto estético y su tendencia literaria se clasificó el *Trovador* desde luego entre los primitivos monumentos del moderno romanticismo español, bajo el aspecto material de la dicción y el estilo, colocó al poeta en el número de los primeros escritores de nuestra época. Por eso dice con mucha razón el crítico que, «si el título de *clásico* corresponde de derecho á los que saben realzar la expresión del pensamiento con la propiedad, exactitud y elegancia de la frase, al que cifra en términos concisos la plenitud de una idea y con difícil facilidad encubre el artificio de la elocución, al que con mayor tino y discreción convierte en forma metafórica y traslaticia el directo y genuino sentido de la palabra, en suma, al escritor fiel intérprete de la naturaleza, del arte y del sentimiento humano; *clásico*, no en el concepto de afiliado á la rancia escuela aristotélica, sino el de sabio cultor é ideólogo del idioma patrio, será mientras éste sirva de medio de comunicación entre los españoles don Antonio García Gutiérrez.

¿Quién sabe como él concertar el ritmo con la gallardía del período métrico, la fluidez del verso con la entonación prosódica, la espontaneidad de la rima con la gala del buen decir? Nada se advierte en sus composiciones de violento ni amanerado, y la flexibilidad de su ingenio se adapta lo mismo á la expresión de lo sublime que á la naturalidad de la narración y al festivo desenfado de sus personajes cómicos, privilegio otorgado sólo á las almas movidas por los irresistibles impulsos del sentimiento.

Y es sobre todo peculiaridad de su dicción poética ceñirla de tal modo á la exactitud de los pensamientos, que sin redundancias, sin giros extraños no podrían formularse en prosa de distinto modo, porque las ideas se crean en su imaginación en la forma misma en que han de emitirse, concretas ya y hasta versi-

ficadas. Muestra por otra parte su aptitud dramática en el frugal aliño con que adereza su locución. El lírico se revela en el uso metafórico del verbo y en la pródiga generalización del adjetivo; el dramático, por el contrario, ha de condensar los conceptos de manera que contribuyan á la viveza y energía del diálogo, que no distraigan con inoportunos adornos y epítetos de relleno la atención del espectador »

Estas bellezas de fondo y forma con que se distinguió la primera composición de fama de García Gutiérrez abundan, como hace notar Rosell, — y como es natural ostentan mayor galanura y brío, — en sus obras sucesivas. La espontaneidad del dibujo se admira en todas: en algunas resalta, por su mayor verdad y sus vigorosas tintas, el arte del colorido.

Quien así se anunciaba al mundo literario, ¿qué mucho fuese recibido con tanta estima y aclamación?

Venía á proseguir el movimiento iniciado por los restauradores de nuestra antigua y gloriosa escena en días en que resonaba ya el grito de las libertades políticas y despertaba de su letargo la no menos ansiada del pensamiento.

«Levantábase, — palabras de Rosell, — desde un rincón de la patria, pobre y oscuro, un joven que sentía encenderse en su alma y comunicarse á su mente el fuego de la inspiración poética; que, maravillado de sí mismo, veía deslizar de su pluma en fáciles y sonoros versos ternuras apasionadas, deseos ambiciosos, generosas efusiones, odios crueles, risas y lágrimas, esperanzas y desengaños, afectos que habían dado asunto á las graciosas invenciones de Lope y á los furores trágicos de Shakespeare; y, ajeno á su voluntad, y á pesar de su natural modestia, exclamaba: «¡yo también soy poeta!», y se dejaba arrastrar por el torbellito de su imaginación.

Cuando Larra escudriñaba en el *Trovador* sus defectos, no patrocinaba el arte moderno; defendía el que él mismo había proscrito. Mas ¿por qué la producción de García Gutiérrez logró tal ascendiente en el favor del público?

No le daba la historia su argumento, pero revestía el carácter de una leyenda escénica vivificada por el espíritu de ciertas clases sociales en los pasados siglos. No se amoldaba al patrón de la tragedia ni de la comedia clásicas, pero se aprovechaba de los elementos de una y otra para producir mayor interés dramático; y realizada esta novedad con el primor de la ejecución, lo oportuno de los episodios, la tersura del lenguaje, el lirismo de la forma, que correspondía á lo ideal de las situaciones, y tantas otras bellezas, reminiscencias de los antiguos modelos, ó hasta entonces desconocidas, aseguraba el porvenir de una reforma considerada por algunos como una verdadera revolución.»

Vamos á copiar las escenas 4.^a y 5.^a de la jornada tercera, porque en ellas la pasión amorosa entre Leonor y Manrique llega á un punto de indecible y sublime ternura. Ya ha hecho sus votos religiosos la contrariada joven, que amaba con toda su alma al desventurado Trovador, y sola en su celda, arrodillada en un reclinatorio, ante un crucifijo, se quejaba así de su triste suerte:

Ya el sacrificio que odié,
 Mi labio trémulo y frío
 Consumó: perdón, Dios mío,
 Perdona si te ultrajé.
 Llorar triste y suspirar
 Sólo puedo; ¡ay! Señor, no...
 Tuya no debo ser yo,
 Recházame de tu altar.
 Los votos que allí te hiciera
 Fueron votos de dolor,
 Arrancados al temor
 De una alma tierna y sincera.
 Cuando en el ara fatal
 Eterna fe te juraba,
 Mi mente ¡ay Dios! se extasiaba
 En la imagen de un mortal,
 Imagen que vive en mi
 Hermosa, pura y constante...
 No, tu poder no es bastante
 A separarla de aquí.
 Perdona, Dios de bondad,
 Perdona; sé que te ofendo:

Vibra tu rayo tremendo
 Y confunde mi impiedad.
 Mas no puedo en mi inquietud
 Arrancar del corazón
 Esta violenta pasión
 Que es mayor que mi virtud.
 Tiempos en que amor solía
 Colmar piadoso mi afán,
 ¿Qué os hicisteis? ¿dónde están
 vuestra gloria y mi alegría?
 ¿De amor el suspiro tierno
 Y aquel placer sin igual
 Tan breve para mi mal,
 Aunque en mi memoria eterno?
 Ya pasó... mi juventud
 Los tiranos marchitaron
 Y á mi vida prepararon
 Junto al ara el ataúd.
 Ilusiones engañosas,
 Livianas como el placer...
 ¡Sois por mi mal tan hermosas!

(Una voz acompañada de un laúd, canta las siguientes estrofas después de un breve prelude: Leonor manifiesta entretanto la mayor agitación).

Camina á orillas del Ebro,
 Caballero lidiador,
 Puesta en la cuja la lanza
 Que mil contrarios venció.

*Despierta, Leonor,
 Leonor.*

Buscando viene anhelante
 A la prenda de su amor,
 A su pesar consagrada
 En los altares de Dios.

*Despierta, Leonor,
 Leonor.*

Entonces dice Leonor:

Sueños, dejadme gozar...
 No hay duda... él es... ¡Trovador!
 ¿Será posible? (*Viendo entrar á Manrique*).

ESCENA V

Manrique, Leonor.

M. — Te encuentro al fin, Leonor.

L. — Huye, ¿qué has hecho?...

M. — Vengo á salvarte, á quebrantar osado
 Los grillos que te oprimen, á estrecharte
 En mi seno, de amor enajenado.
 ¿Es verdad, Leonor? Dime si es cierto
 Que te estrecho en mis brazos, que respiras
 Para colmar, hermosa, mi esperanza,
 Y que extasiada de placer me miras.

L. — ¡Manrique!

M. — Sí, tu amante que te adora
 Más que nunca feliz.

L. — ¡Calla!

M. — No temas.
 Todo en silencio está como el sepulcro.

- L. — ¡Ay! ojalá que en él feliz durmiera
Antes que delincuente profanara
Torpe esposa de Dios, su santo velo!
- M. — ¡Su esposa tú!... jamás...
- L. — Yo, desdichada,
Yo no ofendiera con mi llanto al cielo.
- M. — No, Leonor, tus votos indiscretos
No complacen á Dios; ellos le ultrajan.
¿Por qué temes? Huyamos; nadie puede
Separarme de tí... ¿tiembles?... ¿vacilas?..
- L. — ¡Sí, Manrique!... ¡Manrique!... Ya no puede
Ser tuya esta infeliz; nunca... mi vida,
Aunque llena de horror y de amargura,
Ya consagrada está, y eternamente,
En las aras de un Dios omnipotente.
Peligroso mortal, no más te goces
Envenenando ufano mi existencia,
Demasiado sufrí; déjame al menos
Que triste muera aquí con mi inocencia.
- M. — ¡Esto aguardaba yo! Cuando creía
Que más que nunca enamorada y tierna
Me esperabas ansiosa; así te encuentro
Sorda á mi ruego, á mis halagos fría!
Y ¿tiembles, di, de abandonar las aras
Donde tu puro afecto y tu hermosura
Sacrificaste á Dios?... ¡Pues qué!... ¿No fueras
Antes conmigo que con Dios perjura?
Sí, en una noche...
- L. — ¡Por piedad!
- M. — ¿Te acuerdas?
En una noche plácida y tranquila,
¿Qué recuerdo, Leonor! nunca se aparta
De aquí, del corazón: la luna hería
Con moribunda luz tu frente hermosa,
Y de la noche el aura silenciosa
Nuestros suspiros tiernos confundía.
«Nadie cual yo te amo», mil y mil veces
Me dijiste falaz; «nadie en el mundo
Como yo puede amar»; y yo, insensato,
Fiaba en tu promesa seductora,
Y feliz y extasiado en tu hermosura
Con mi esperanza allí me halló la aurora.
¿Quimérica esperanza! ¿Quién diría
Que la que tanto amor así juraba,
Juramento y amor olvidaría?
- L. — Ten de mi compasión: si por tí tiemblo,
Por tí y por mi virtud, ¿no es harto triunfo?
Sí, yo te adoro aún; aquí en mi pecho
Como un raudal de abrasadora llama,
Que mi vida consume, eternos viven
Tus recuerdos de amor: aquí, y por siempre,
Por siempre aquí estarán; que en vano,
Bañada en lloro, ante el altar postrada,
Mi pasión criminal lanzo del pecho.
No encones más mi endurecida llaga,
Si aún amas á Leonor, huye, te ruego,
Libértame de tí.
- M. — ¡Que huya me dices!...
¡Yo que sé que me amas!
- L. — No, no creas...

reproduzcamos estas palabras, que encierran notorias verdades: «el *Trovador* de García Gutiérrez entró pujante y vencedor, y se apoderó de la fortaleza: el género mixto, el drama español moderno, resurrección casi del que reinó durante el siglo XVII, quedó universalmente reconocido.»

Los límites de nuestro trabajo nos impiden seguir en el examen de algunas nuevas y muy notables obras teatrales de aquel esclarecido vate.

Su labor fué considerable, y entre sus producciones más aplaudidas se recuerdan *Simón Bocanegra*, *Venganza catalana*, *Juan Lorenzo*, *El Rey monje*, *El encubierto de Valencia* y *Un duelo á muerte*, y las comedias *La bondad sin experiencia*, *La criolla* y *Crisálida y mariposa*, como también algunas zarzuelas.

Después del extraordinario éxito que obtuvo *Venganza catalana*, drama que se representó en el teatro del Príncipe el 4 de Febrero de 1864, muchos admiradores de aquel poeta quisieron obsequiarle con un presente valiosísimo, como tributo de admiración á su talento. Se costó por algunos señores un tomo que comprendía las obras escogidas de García Gutiérrez. La parte crítica estuvo á cargo del más ilustre de los literatos de entonces, compañero como autor dramático del creador del *Trovador*, don Juan Eugenio Hartzenbusch. Recuerdo del corazón de los inteligentes que honraba á España. Este hermoso tomo se publicó en Madrid en 1866.

García Gutiérrez fué favorecido tanto por el público como por los Gobiernos. Fué de la Comisión española de Hacienda en Inglaterra, cónsul en Bayona y en Génova, y director del Museo arqueológico.

Cinco años estuvo ausente de España. Residió en Cuba y Méjico. Allí escribió su poema *Hernán Cortés*, del que sólo se conservan fragmentos, por haber perecido otros en un incendio.

En los años 1841 y 42 se publicaron dos tomos de sus poesías.

Ingresó en la Real Academia Española el 11 de Mayo de 1862, y murió en Madrid el 26 de Agosto de 1884.

Un ingenio modesto y desconocido entonces debe recordarse después del elogio de García Gutiérrez. Con él continuó la escuela romántica su más decisivo triunfo.

Nos referimos á don Juan Eugenio Hartzenbusch, uno de los más celebrados literatos que descollaron en el siglo XIX.

Hijo de un ebanista alemán y de madre española, siguió en sus primeros años el mismo oficio que el padre. Fué siempre grande su afición á la lectura, educándose él mismo con su predilección al estudio. Aunque estuvo algún tiempo en el colegio de los jesuitas, tuvo que atravesar muchas alternativas de tristeza y esperanzas hasta llegar á ver realizados sus deseos, que eran los de adquirir profundos conocimientos literarios y ser autor dramático de renombre. Con tan nobles aspiraciones trabajó infinito, ya dedicándose á la taquigrafía, ya traduciendo ó arreglando algunos dramas. Refundió otros del teatro antiguo español y compuso algunas obras originales que obtuvieron escaso resultado.

Su ánimo no decayó por eso. Estudioso é incansable, con un caudal de conocimientos adquiridos, con disposiciones felices para la manifestación dramática, en el secreto de su modestia iba preparando una joya de inspiración que había de abrirle las puertas de la gloria.

El gran drama de García Gutiérrez, representado el 1.º de Marzo de 1836, conservaba aún gratos recuerdos en los ánimos entusiastas, cuando las personas ilustradas se vieron sorprendidas con otro brillantísimo éxito. El 19 de Enero de 1837 se representaron *Los Amantes de Teruel*, que fué un franco y ruidoso triunfo para su desde entonces ilustre autor dramático, el joven y estudioso poeta don Juan Eugenio Hartzenbusch, que contaba á la sazón 30 años.

Don Mariano José de Larra, admirado de aquella hermosa originalidad, tuvo alabanzas justísimas para el celebrado vate. No pueden ni deben olvidarse las palabras del Maestro.

La crítica de Figaro tiene además la particularidad de haber sido escrita pocos días antes del suicidio de aquel insigne literato.

«Venir á aumentar (dice) el número de los vivientes; ser un hombre más donde hay tantos hombres; oír decir de sí: *Es un tal fulano*, es ser un árbol más en una alameda.

Pero pasar cinco ó seis lustros oscuros y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazón, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oír al día siguiente de sí mismo al pasar por una calle ó por el Prado, «Aquél es el escritor de la comedia aplaudida», eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros días por un apellido obscuro, un nombre claro; es dar alcurnia á sus ascendientes en vez de recibirla de ellos; es sobreponerse al vulgo, y decirle: «Me has creído tu inferior, sal de tu engaño; poseo tu secreto y el de tus sensaciones, domino tu aplauso y tu admiración; de hoy más no estará en tu mano despreciarme, medianía; calúmniame, aborreceme, si quieres, pero alaba.»

Y conseguir esto en veinticuatro horas, y tener mañana un nombre, una posición, una carrera hecha en la sociedad, el que quizá no tenía ayer donde reclinar la cabeza, es algo, y prueba mucho en favor del poder del talento.

Esta aristocracia, es, por lo menos, tan buena como las demás, pues que tiene el lustre de la de la cuna, y pues que vale dinero como la de la riqueza.



Mariano José de Larra.

El drama que motiva estas líneas tiene bellezas que ponen á su autor, no ya fuera de la línea del vulgo, pero que lo distinguen también entre escritores de nota. Sinceramente le debemos alabanza. Solo se presenta el autor de *Los Amantes de Teruel*, sin pandilla literaria detrás de él, sin alta posición que le abone; no le conocemos, pero nosotros, *mordaces* y *satíricos*, contamos á dicha hacer justicia al que se presenta reclamando nuestro fallo, con memoriales en la mano como *Los Amantes de Teruel*. Si la indignación afila á veces nuestra pluma, corre sobre el papel más feliz y más ligera para alabar que para censurar.»

Añade Larra que la historia de Isabel de Segura y de Diego Marsilla, legada por la tradición á la posteridad, y consignada en el poema y en los apuntes del escribano Yagüe, es popular, trivial casi en nuestro país.

«A más de una persona —son sus palabras— hemos oído deducir de esa trivialidad la imposibilidad de hacer con ella un buen drama». Hay que alegar razones que rebatan esta opinión, pues Larra no participaba de ella.

Y fundamentaba sus argumentos en esta forma:

«El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas y nunca oídas, sino en eternizar, en formular las verdades más sabidas; que dos amantes se amen y muera uno por otro, es efectivamente idea tan poco nueva, que apenas hay comedia, anécdota ó cuento cuya intriga no gire sobre la exageración ó los excesos del amor; pero el ingenio no está en el asunto, sino en el autor que lo trata. Si en el asunto pudiera estar, la comedia de Montalván que trata la misma tradición hubiera sido buena, ó mala la de Hartzenbusch. Aquélla es, sin embargo, una pobre trama salpicada de trivialidades y lugares comunes, y ésta es un destello de pasión y sentimiento.»

Dice que *Los Amantes de Teruel* están escritos en general con pasión, con verdad, con fuego, y hace notar que la mayor dificultad que ofrecía el asunto era esa misma publicidad, ese amor colosal que la imaginación y la tradición abultan hasta lo infinito. ¿Cómo persuadir al auditorio que la amante de Teruel podía dar su mano á quien no fuera dueño de su corazón?...

«Era preciso, sin embargo, —dice Larra— y no había más medio para eso que poner á Isabel en posición tal, que sin menoscabarse en nada lo sublime, lo ideal de su pasión, pudiese aparecer casada, y casada voluntariamente, pues sólo voluntariamente puede casarse quien puede morir.

El autor ha evitado este escollo con raro tino, y ha encontrado el secreto de este resorte dramático en la virtud, en la perfección misma de su protagonista, inventando un episodio bellísimo en la pasión criminal de la madre de Isabel, preparada con tal discreción, que cuando el espectador la sabe, como llega á su noticia acompañada del castigo y de las angustias del delito, hace más sublime á esa misma madre; porque la sublimidad, en el teatro sobre todo, no está en la perfección sin tacha, sino en la lucha de la debilidad humana y de la virtud vencedora.

Rodeada Isabel por todas partes, creída de que su amante le ha faltado, cum-

plido el plazo, obligada por el honor y la felicidad de su madre, que es deuda en ella conservar ilesos, deudora de inmensos beneficios á Azagra, en sí misma y en su familia; cede, no empero á la seducción ó á la inconstancia, sino al deber. Pero el marido que así abusa de la posición de Isabel es un monstruo. No; porque el autor ha tenido la habilidad de pintar en él un afecto loco y Don Rodrigo no cede, abusando de Isabel, á un amor vulgar, sino á un sentimiento muy creíble para el espectador, que ya ha hecho la concesión del amor extraordinario de Isabel y Marsilla. En la escena tercera del acto cuarto, el público se reconcilia completamente con Azagra y perdona los medios en gracia de su pasión violenta y desinteresada, que se contenta con el título de esposo. De esta suerte preside al drama, no la maldad, repugnante siempre cuando se presenta en las tablas fría y estéril, sino la fatalidad, la hermosura misma de Isabel, que le acarrea sus desventuras todas.

Nunca se pudo decir con más razón:
«¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!»

¡Qué magnífica y altamente patética es la escena quinta del acto tercero!
¡Qué diálogo tan tierno y sublime el sostenido por la pobre madre y la desventurada hija, víctima de su abnegación sobrehumana!

Isabel.

¡Que es Don Diego desleal!
No hay fe entonces en la tierra.
Madre, ¿lo creéis? Yo no,
No lo creo; ni creyera
A mis ojos si lo viesen;
Si no es posible que sea;
Si á haberme sido traidor,
Mi pecho lo presintiera,
Y jamás ni un solo instante
Sospeché de su fineza.
Misterio hay aquí sin duda.
Él me amaba. — ¡Qué aprovecha!...
Ya murió.

Margarita.

¡Isabel querida!...
I. — Venga Don Rodrigo, venga;
Reclame mi mano; ya
Le aguardo con impaciencia.
Sí, porque para morir
Otra cosa no me resta.
M. — No, la razón...
I. — ¡Con qué orgullo
Asirá Azagra mi diestra!
«Ya eres mía, me dirá;
Vana fué tu resistencia,
Vano el desdén; tu amor tuvo
Que postrarse ante mi estrella.
Me despreciabas, me odiaste;
Ya á la autoridad sujeta
Estás del que despreciabas.»
Si el llanto mi rostro anega,

«Detén, me dirá, ese llanto,
Que es de mi honor en ofensa»,
Y tendré que detenerlo.
Y cuando suspirar quiera,
Deberé ahogar el suspiro
Que mirará como muestra
De un afecto criminal...
¡Y lo será! — No. — ¡Firmeza!
Con una palabra evito
Que nadie acusarme pueda.

M. — ¡Cómo! Ya conoceréis
Que ninguna excusa os queda...

I. — Yo á Don Rodrigo hablaré;
Sí, yo le diré resuelta:
«Si hallar la dicha pensáis
con hacerme esposa vuestra,
Sabed que en mi pecho habitan
La amargura y la tristeza.
¿Conocéis en esta cara
Marchita y amarillenta,
En estos ojos que cubre
De dolor obscura niebla,
En este labio en que siempre
Un ¡ay! lastimero suena,
En esta efigie animada
Del pesar, véis la belleza
Que llamásteis algún día,
En mil trovas lisonjeras,
Perla del Guadalaviar,
De Teruel fúlgida estrella?
Mi sangre está ya viciada,
Corre acibar por mis venas;

- Va á contagiarnos mi mano,
Y en unión tan mal dispuesta,
En vez de felicidad,
Sólo encontraréis vergüenza,
Remordimiento, hastío,
Desesperación violenta,
Y con mi fin prematuro
Vuestra desgracia perpetua.
- M. — ¿Y tendrás valor?...
- I. — ¡Valor!
Decidme si hay por qué tema;
Decid si dudáis qué arrojó
Un desesperado tenga.
- M. — Si os manda un padre...
- I. — Diré
Que no.
- M. — Si una madre os ruega...
- I. — No...
- M. — De rodillas.
- I. — Mil veces
No. Podrán enhorabuena,
De los cabellos asida,
Arrastrarme hasta la iglesia;
Podrán maltratar mi cuerpo,
Cubrirlo de áspera jerga,
Emparedarme en un claustro
Donde lentamente muera;
Todo esto puede mi padre,
Pero arrancar á mi lengua
Un *sí* perjuro, no.
- M. — Tú
Has dictado mi sentencia;
Mi suerte me vaticinas.
No serás tú quien se vea
De un monasterio en la cárcel
Sepultada con afrenta,
Destrozada, emparedada.
Seré yo, yo, que deshecha
En lágrimas, á tu padre
Pediré por gracia extrema
Que el corazón me atravesase,
Y veré que me la niega,
Porque más lento, más crudo
Suplicio es justo que sienta.
- I. — ¡Vos, á quien mi padre adora!
- M. — Quizá hoy mismo me aborrezca,
Cuando le haga ver Azagra
Con irrecusables pruebas
Que en una consorte infiel
Su amor engañado emplea.
- I. — ¡Gran Dios!
- M. — Si; casada y madre,
La seducción halagüeña
Del amante me rindió
Que fué mi afición primera.
Vino el arrepentimiento,
Volé al altar; penitencia
Cruel que durar debía
Por diez años fuéme impuesta,
Y la cumplí, y la seguí
- Mucho después que cumpliera.
Si entrases en mi oratorio,
Donde nadie jamás entra
Sino yo; si las paredes,
Si aquel pavimento vieras
Que cubre de sangre mía
Gruesa y hórrida corteza...
Los cilicios... ¡Oh! quizá
De mi castigo sintieras
Más piedad que indignación
De mi orgullo. — Satisfecha
De la expiación, creí
Yo merecer que secreta
La culpa hasta el día último
Del universo yaciera.
Juzga tú de mi terror
Cuando, instando á que cediera
De su pretensión á Azagra,
Las cartas ayer me muestra,
Por mí á mi cómplice escritas,
Y me amenaza ponerlas
En las manos de tu padre
Si tú la tuya le niegas.
- I. — ¿Con que hay también infortunio
Que á mi infortunio supera?...
¿Hay un sér á quien salvar
Yo de su despecho pueda?
- M. — ¡Salvarme! No lo merezco.
¡Salvarme! ¿Quién te lo ruega?
Para hacer tal sacrificio
¿Qué me debes tú? Dureza.
Rigores. Si soy tu madre,
Si te amé... ¿cuándo halagüeña,
Cuándo amorosa me viste?
- I. — Ayer. ¡Oh madre! ¿Pudíerais
Dudar de lo que hacer debo,
De lo que haré? — Si que incierta
Yo también estoy. — Mas, ¿cómo?
¿No soy hija? ¿No se encuentra
Mi madre en riesgo? ¿No puedo
Librarla? Mi vida es vuestra;
Tomadla: así Dios, así
Lo manda naturaleza.
¡Casarme con Don Rodrigo!
¡Alma, alma, no temas!
Marsilla es muerto.
- M. — (*Aparte*). ¡Oh, rubor!
- I. — Y me ha ofendido. ¿No es cierta
Su traición? Decidme, madre,
Que me ha olvidado en la ausencia,
Y que en una mora puso
El amor que me debiera.
¿No es cierto también que Azagra
Un alma celosa alberga,
Iracunda, vengativa,
Que mis ayes y querellas
Se le harán insoportables
Y querrá que los contenga,
No podrá, y se irritará,
Y me matará?

M. —	¡Isabela!	Ese bosquejo trazó
	¡Qué horror!	Sin que dechado tuviera
Ī. —	Tengo yo también	Más que la imagen que fija
	Cartas amantes que lea.	En mi pecho se conserva.
	Yo las tengo, y algún día	Permitídmelo besar
	Las verá Azagra.	Por última vez... por ésta.
M. —	¡Oh! si fueran	Tomad. Hecho el sacrificio
	Las mías tan inocente!	Está ya, y estoy serena...
Ī. —	¡Inocentes! Si; pureza	Tranquila... como la tumba.
	Respiran todas; pasión	Imitad vos mi entereza,
	Que ni culpable ni nueva	Mi calma... y no me digáis
	Parecerá á Don Rodrigo.	Ni una palabra siquiera.
	¿Véis esto, madre? ¿Son esas	Vuestra fama está en mi mano,
	(mostrándole un retrato)	La conservaréis ilesa:
	Sus facciones? Pues sabed	Se casará vuestra hija;
	Que mi mano ruda, indiestra,	No importa lo que le cuesta.

¡Qué escenas más terribles las finales del drama! La muerte de los dos amantes, por la fuerza misma de su admirable contrariada pasión, es una explosión sublime de amor y de tierna fortaleza. ¡Cuánta abnegación, cuánto cariño, qué resoluciones más heroicas!

Don Juan Valera nota que todo este drama está lleno de poesía, y que se respira en todo él un ambiente sereno y puro, un perfume caballeresco y cristiano, y « como el ideal más alto de perfección á que pudo elevarse el espíritu en los siglos medios. »

Sin embargo, nadie supo ni ha sabido fijar el verdadero sentido del drama como el gran crítico Larra. Ese será el juicio severo que prevalecerá siempre entre los hombres pensadores, por más que quiera el eclecticismo.

« La fatalidad que preside al drama, — son sus palabras, — se halla exactamente fijada en los dos versos que dice Marsilla, tan amargos y enérgicos:

¡Maldito el hombre que virtudes siembra
Para coger cosecha de desgracias!

Marsilla, luchando á brazo partido, y solo, contra esa fatalidad, es una creación llena de valor y de entereza. Pobre, se enriquece; el amor de una mujer se atraviesa como un obstáculo insuperable á su felicidad. Torna á su patria, y es despojado y detenido en el momento más crítico de su vida, por unos bandidos que no pueden comprender, cuando le roban un tesoro, que le roban el tiempo, que es para él más que la vida. La venganza misma de esa mujer le salva, pero tarde. Isabel está casada y él ha oído el eco de la campanada que se lo anuncia; el crimen es el único recurso y lo cometerá; los hombres han sido un obstáculo y los vencerá. Un vínculo sagrado le priva de su bien. *Es sacrilego*, responde, *es injusto*.

En presencia de Dios formado ha sido.
Con mi presencia queda destruido.

Sublime respuesta de la pasión, tan sublime por lo menos como el famoso *Qu'il mourut* de Corneille, porque para la pasión no hay obstáculo, no hay mun-

do, no hay hombres, no hay más Dios, en fin, que ella misma. Sacrilegio sublime como el de Ajax en Homero.

Con mucha razón concluye diciendo Larra que supo hacer interesantes el autor del drama á todos sus personajes.

El padre sacrifica á su hija, á su despecho, víctima del honor, bien diferente en aquel siglo del que se usaba cuando el crítico vivía. La madre sacrifica á su hija, no ya por sí, sino para salvar la honra y la tranquilidad de su esposo; su larga expiación lava su culpa. Isabel sacrifica su mano por salvar á su madre, en holocausto á su familia y á la gratitud. Azagra mismo y la mora enamorada sacrifican la dicha de los amantes, porque ellos también aman, y el amor es el sentimiento más egoísta. Si Isabel y Marsilla, sólo porque aman, tienen derecho á conseguir el objeto de su pasión ante los ojos del espectador, el mismo derecho tienen Azagra y la mora, porque también aman: su pasión disculpa sus acciones. Todos obran á un fin y movidos por un resorte superior á ellos mismos. «Y ese mismo amor que pudiera haber hecho dichosos á los amantes, es el único que desbarata su felicidad.»

Compíte el nuevo drama de Hartzzenbusch en interés y perfección con el de *Los Amantes*. Fué otro gran triunfo el conseguido por el poeta cuando se representó *Doña Mencía, ó las bodas en la Inquisición*. Es esta obra modelo de producciones dramáticas por lo bien urdido de la trama, lo ingenioso de las situaciones, lo sorprendente de los episodios, importancia de los caracteres, facilidad y gracia de los diálogos, y el extremado acierto y arte con que la acción y el desenlace se presentan. Es también obra seductoramente perfecta en el orden literario. Los críticos de la escuela retrógrada la miran, naturalmente, con sospecha y prevención. Aunque producción hermosa, se hace en ella alusión á lo que fué la Inquisición para España en el siglo XVII.

*La Inquisición fué la afrenta
Del claro nombre español.
En España era herejía
Tener sentido común.*

Dos afirmaciones que ya tenían demostradas la Historia y la Crítica cuando Hartzzenbusch llevó el famoso drama á la escena, en forma superiormente artística, que hacía pensar y sentir, interesando y conmoviendo á los espectadores.

Sin embargo, uno de esos censores que todo lo encuentran mal cuando se disiente de sus alabanzas indiscretas á todo lo caduco, impertinente y perjudicial ha llegado á decir con manifiesta pasión lo siguiente:

«*Doña Mencía* sólo puede apellidarse drama histórico como para incluirlo en un grupo ó género literario, porque, en hecho de verdad, figura entre los más antihistóricos que abortó aquí el Romanticismo, y no es retrato bueno ni malo, sino fantasía delirante, y á lo sumo caricatura de la España antigua, de la España católica y tradicional.» ¡Falsificación de la crítica se llama tal conjunto de inexactitudes!

Doña Mencía, mujer hipócrita y fanática, quiere impedir á todo trance que una joven hermosa, de nombre Inés, de quien pasa por su hermana, tenga lícitas relaciones amorosas y llegue á contraer casamiento con un apuesto caballero llamado Don Gonzalo, del cual estaba realmente enamorada Doña Inés, correspondiendo á su amor.

Quiere conocer Doña Mencía al rendido galán de su hermana, y en la entrevista que celebran con el pretexto de que sepa Don Gonzalo que le será negada la mano de Inés, pues va á entrar en un convento, el caballero halaga el amor propio de Mencía y ésta queda enamorada de él con mayor calor todavía que le demostraba Inés su cariño.

Don Gonzalo entraba como futuro esposo en casa de la hipócrita, envidiosa y celosa de su hermana.

Entonces surgen graves sucesos que explica la escena sexta del acto segundo del drama, que, dentro del arte, de la verdad ó de la verosimilitud, ofrece oportuna enseñanza:

<p><i>Mencía.</i> — Pero vienes Turbado. ¿De qué? ¿Qué tienes?</p> <p><i>Gonzalo.</i> — Mencía, de ti me ausento.</p> <p><i>M.</i> — Cuando mi afición honesta En deber se va á trocar, Cuando me vas á llamar Esposa, ¿qué ausencia es ésta? ¿Es verdad, Gonzalo mío? ¡Tú me dejas, inhumano!</p> <p><i>G.</i> — Contra mi se alza una mano Que puede más que mi brío.</p> <p><i>M.</i> — Contra cualquiera poder Que te amenace sañudo, Mi amor te ofrece un escudo Que nadie podrá romper. En mi casa encontrarás Seguridad y regalo. ¿No me quieres ya, Gonzalo? No, si de Madrid te vas.</p> <p><i>G.</i> — ¡Si te quiero me preguntas! ¿No es ésta tu mano blanca, La que de mi pecho arranca Mil emponzoñadas puntas Que en él me clavó el pesar Desde mis años primeros? Hasta que vi tus luceros ¿Supe de veras amar? ¿Amar con afecto blando Sin conocer inquietud, Descansando en la virtud Y en la dicha descansando? Creía yo que era amor Un fuego ardiente y voraz, Una guerra en que la paz Disgusto daba y temor. Mas tú descubrir me has hecho, Estrella de mi ventura,</p>	<p><i>M.</i> — Del amor la parte pura Que estaba oculta en mi pecho, Y me parece el amarte Tan justo y santo deber Como el de adorar al sér Que la vida nos reparte. Ño es mi amor llama que oscila, Movida de viento vario, Es luz que en un santuario Arde callada y tranquila; Es la afección natural Que se tienen dos gemelos Trasladados á los cielos Desde el seno maternal.</p> <p><i>M.</i> — ¡Y me abandonas, infiel! Quédate, no me abandones.</p> <p><i>G.</i> — Con ocultarme te expones A persecución crüel.</p> <p><i>M.</i> — Venga la persecución, Como te deje á mi lado.</p> <p><i>G.</i> — ¿Sabes que estoy denunciado?...</p> <p><i>M.</i> — ¿A quién?...</p> <p><i>G.</i> — A la Inquisición.</p> <p><i>M.</i> — ¿Es posible? Tú me engañas.</p> <p><i>G.</i> — A ser otro el enemigo, ¿Huyera yo de él?</p> <p><i>M.</i> — (<i>Aparte.</i>) Castigo Parece de mis marañas. Mas ¿cómo supiste?...</p> <p><i>G.</i> — Aviso</p> <p>Me ha dado mi delator.</p> <p><i>M.</i> — Prémiele Dios el favor.</p> <p><i>G.</i> — Pero anduvo tan remiso, Que yo el piadoso billete Todavía repasaba Y ya en centinela estaba Frente á mi casa un corchete.</p>
---	--

- M.— En grave peligro estás.
 G.— Me salvaré: no te azores.
 M.— Pero á los inquisidores
 ¿Por qué sospecha les das?
 ¿Por qué temes que el severo
 Tribunal su rayo lance?
 G.— Tengo una biblia en romance...
 Y un retrato de Lutero.
 M.— ¡Ay, Gonzalo de mi vida!
 G.— ¿Y por esto se me acusa?
 M.— No tienes ninguna excusa;
 Perdido estás; yo perdida.
 Mas yo para ti soy mucho.
 ¿Harás lo que yo te ruegue?
 G.— ¿Qué habrá que mi amor te niegue?...
 M.— Ve, y denúnciate...
 G.— ¡Qué escucho!...
 Que doble yo la rodilla
 Al Santo Oficio!...
- M.— El monarca
 Se la dobla, y cuanto abarca
 La corona de Castilla,
 Círculo entero del sol.
 ¿Serás hombre de más cuenta?...
- G.— *La Inquisición es la afrenta
 Del claro nombre español.*
- M.— ¿Qué has dicho? Sin duda fué
 Ilusión lo que entendí.
 Ningún cristiano habla así
 Del Tribunal de la Fe.
- G.— Codicia y pérfida saña
 Crearon ese Instituto
 Que, á cien reinos dando luto,
 Despuéblaselos á España.
 Con la sospecha por guía,
 Ciego tribunal sentencia
 Rigores á la inocencia,
 Perdón á la hipocresía.
 Propicio al denunciador,
 Contrario del acusado,
 Ahí el triste calumniado
 Perece sin defensor.
 Piérdele su noble aliento
 Al que sin crimen está,
 Y á morir al fuego va
 Quien no miente en el tormento!
 Poder que al abrigo crece
 Del altar y del dosel,
 A los dos se finge fiel
 Y á los dos desobedece.
 Queriendo á la fe servir,
 Su moral desacredita.
 Queriendo vengarla, irrita
 En lugar de convertir.
 Y con disculpa menor
 Que la ceguedad indiana,
 Banquetes de carne humana
 Da por culto al Criador.
- M.— Cierra ese labio blasfemo,
 Porque oyéndote desmayo,
 Y ante mis ojos un rayo
 Que te haga ceniza temo.
 Yo misma, yo que te adoro,
 Yo ya me debo acusar
 De que te pude escuchar.
 Parte. ¿Necesitas oro?
 ¿Necesitas un caballo?
 Uno y otro te daré,
 Y un guía, y te salvaré.
- G.— Si hay voces, yo no las hallo
 Para pintar la efusión
 De este pecho agradecido.
- M.— Ibas á ser mi marido;
 Cumplo con mi obligación.
 Pide, si quieres, mi fama,
 Mi caudal, más: mi existencia;
 Pero de mí, mi conciencia
 Deber más alto reclama;
 Huyes, pues quieres huir.
 Yo imploraré tu perdón
 Aquí de la Inquisición.
- G.— Nunca lo he de permitir;
 De culpa que no cometo
 A nadie perdón le pido.
- M.— Si culpa no has cometido
 ¿Por qué temes el decreto
 Del tribunal? Él sabrá...
- G.— Y me juzgará inocente
 Si escucha mi voz valiente,
 Que quizá le acusará.
 Furioso de que acrimine
 Sus fanáticos excesos,
 Astillas me hará los huesos
 Para que Dios me ilumine.
- M.— De la vergüenza y del potro
 Te libras, según indico.
- G.— Yo ni miento ni suplico,
 Y allí es preciso uno y otro.
 Pasar yo por delincuente
 Y respetar el error,
 Es vileza, es deshonor
 Que mi sangre no consiente.
 Dejemos, pues, de consuno
 Ese misero confin:
 En él de los dos al fin
 No tuvo causa ninguno.
 ¿Quién quiere vivir tampoco
 De tanto riesgo cercado,
 Como pájaro entregado
 A los caprichos de un loco,
 Donde hace la tiranía
 Que pone á las almas yugo
 De un sacerdote un verdugo,
 De cada fiel un espía?...
 Las palabras del contento,
 Las figuras del decir,
 El saludarse, el vestir,
 El holgar, el alimento,
 Todo bajo aspecto falso
 Aquí se manda mirar.

- Y todo puede llevar
Al español al cadalso.
¿Qué sosiego no alborota
La fama tener, la vida
De los labios suspendida
De un escrupuloso idiota?
- M. — No más, Gonzalo, no más,
Harto sufrí tus extremos.
Vete...
- G. — Nos separaremos.
- M. — Para no vernos jamás.
Tú no me has amado, tú
No eres noble, ni cristiano,
Ni es tu origen castellano,
Ni has nacido en el Perú.
¿A Dios humillarte dudas
Rogándotelo tu amada?
¿Contigo no puedo nada?...
- G. — No á las lágrimas acudas
Para vencer mi entereza.
- M. — Y ¿es sacrificio pequeño
Reconocerte por dueño
Rindiéndote mi aspereza?
Yo, que de la sociedad
Repelida me miraba
Y en el claustro me encerraba
Por despecho y vanidad;
Yo que al amor en buen hora
- Renunciaba por no oír
A mi marido decir:
«¡Soy mejor que vos, señora!»
Yo, que bajo el peso enorme
De un baldón, acaso, justo,
Vivía, si no con gusto,
Con mi ignominia conforme,
Y apelando á noble ardid
Que la ignominia cubriese,
Quería que me debiese
Un rico templo Madrid
Donde entre vírgenes puras,
Modelos de caridad,
Hallase yo la igualdad
Y de la paz las dulzuras!
¡Yo nada te sacrifico!
De mi opinión la mudanza
Nada merece ni alcanza
De aquel á quien la dedico!
¿Nada es atraerme toda
La befa del vulgo atroz
Que sin piedad á una voz
Escarneciera mi boda?
¿Por qué en el pérfido halago
De tus palabras creí?
¡Desventurada de mí!
¡A tanto amor este pago!...

Al decir esto, Doña Mencía se apoya en un sillón volviendo la espalda á Don Gonzalo para ocultar las lágrimas, y Don Gonzalo se acerca á ella con ternura.

La pasión amorosa juega un papel importantísimo en el desenlace trágico del drama. Inés, engañada por Mencía, á la que juzgaba hermana suya, privada del amor de Don Gonzalo por las pérfidas artes de ella, desde entonces su odiada antagonista, y más habiendo ingresado contra su voluntad en un convento; Inés, decimos, aprovecha todos los medios que la venganza le sugiere para impedir que triunfe su perseguidora. Esto es muy posible, muy humanamente inquisitorial, tratándose de pasiones entre hipócritas y fanáticos, que no pierden ocasión para utilizar sus malos preconcebidos fines.

Sabedora Inés de los amores de Doña Mencía y Don Gonzalo, y que aquélla quiere ocultar á Gonzalo para que la Inquisición no logre apoderarse de él y pueda huir, es la misma Inés la que delata á su antiguo cortejante para que un familiar del Santo Oficio llegue á prender dentro de la misma casa de Mencía al desgraciado caballero. Tanto más pronto hace esto el familiar, cuanto que así se venga de Doña Mencía al mismo tiempo por haber sido preferida en sus afectos antiguos hacia él una persona delatada á la Inquisición.

Además, la fatalidad llega á descubrir en apuntes mal comprendidos por Doña Mencía que su casamiento era absolutamente imposible con Don Gonzalo por las mismas leyes de la naturaleza.

Así resulta que al aparecer ya Doña Inés con hábito de profesas, Doña Mencía le dice con emoción visible, señalando á Gonzalo:

Ese es tu amante
De cuya fe leal te he despojado.

Replica Gonzalo:

Cesa.

A lo cual sigue este terrible diálogo:

Inés. — ¡Qué espanto el corazón me inunda!
Mencia. — El infierno á mi amor ha presidido.
Gonzalo. — Ven.
Mencia. — A mi padre encuentro en mi marido.
Inés. — La cólera del cielo te confunda.

Es horroroso el efecto trágico en la escena última.

Dentro. — Paso á la Inquisición.
Franca la puerta.
Todos. — La Inquisición.
Mencia. — ¡Jesús!
Gonzalo. — Abrid.
Inés. — Su perdición es cierta.
Gonzalo. — Vengan esos verdugos: los espero.
(*Saca un puñal.*)

Entran en el locutorio del convento el comisario y los alguaciles.

Comisario. — Prended al fugitivo, desarmadle.
Gonzalo. — Solamente, canalla envilecida,
Mi cadáver tendréis.
(*Va á herirse: D.^a Mencia le detiene.*)
Mencia. — Suelta ese acero.
Gonzalo. — Quitá.

(Mientras Don Gonzalo y Doña Mencia forcejean asidos del puñal, los esbirros se apoderan de Don Gonzalo. El puñal queda en manos de Doña Mencia).

Inés. — Yo expiro.
(*Cae desmayada en brazos de las religiosas.*)
Comisario. — A su prisión: llevadle.
Gonzalo. — ¡Mi prisión!
Comisario. — Durará lo que tu vida.
Gonzalo. — (*A D.^a Mencia.*) ¿Lo ves?
Ese puñal me libertaba.
Mencia. — Su lugar es aquí, y aquí se clava.
(*Atraviesase el pecho y cae muerta.*)

Es impertinente obcecación, pues, la del crítico Blanco y García cuando, para poner faltas á esta magistral obra de Hartzzenbusch, llega á decir con pasión sobrada que delata su indiscreción: «Eran aquellos días de recrudescencia antirreligiosa y de guerra sistemática á las venerandas tradiciones españolas; cuando, no ya en las plazas y calles, sino en los teatros y Academias, hervían los odios sin freno y las pasiones políticas; cuando halagar los unos y las otras era condición segura de popularidad.»

Es faltar á sabiendas á lo cierto querer hacer inculpaciones á Hartzenbusch, cuando, bien considerado, solamente merece aplausos por la hábil y hermosa manera que tuvo en su drama tan trascendental para ofrecer las verdades que entraña esta tesis de manera superior artísticamente expuesta.

Venerandas tradiciones españolas se atreve á decir, cuando en realidad de verdad á todos los engaños y maldades de la Inquisición debe dárseles más propios calificativos: el de abominables, el de antiespañoles, el de perversos.

La Inquisición embruteció, arruinó y deshonoró á España. Estas son verdades históricas que nadie puede rebatir entre los hombres pensadores de España, de Europa y de todos los pueblos cultos del mundo.

Aunque es la más excelsa labor la dramática la que con preferencia descuellos entre las obras de Hartzenbusch, sería injusticia negar la superioridad de su prodigioso talento en otros ramos intelectuales.

Más de cuarenta producciones dramáticas ha dejado para gloria de la literatura, y entre ellas tan dignas de estimación y estudio, además de las mejores ya juzgadas, — *Los Amantes* y *D.^a Mencia*, — como *Alfonso el Casto*, *La Jura en Santa Gadea*, *La ley de raza*, *Honoría*, *La visionaria*, *Vida por honra*, *El mal apóstol y el buen ladrón*, y sus famosas comedias de magia *La redoma encantada* y *Los polvos de la Madre Celestina*.

Su soberano ingenio produjo varias novelitas en prosa que revelan su buen gusto y recto juicio, *La hermosura por castigo*, *Mariquita la pelona*, *La reina sin nombre*, *La locura contagiosa*, y otras. Todas son modelos de excelente estilo y hermoso lenguaje.

Sus poesías líricas tienen un sello de inspiración, que las hace singulares por los atractivos de la emoción estética.

Véase el final de *El alcalde Ronquillo y el obispo Acuña*, que es admirable:

<p>..... Y el cordel ominoso atando á un hierro, Lanzó al aire el cadáver palpitando... Cayó la turba misera temblando, Pásmada de terror y de piedad. Alzóse un alarido que llenaba Del ancho patio el ámbito vacío; Sucedió al penetrante vocerío Misterioso susurro de oración. Y oscilaban pendientes entretanto Del corredor los míseros despojos, Y el llanto que asomaba en muchos ojos Lo tragaba en secreto el corazón. Pero el cáñamo vil con un crujido</p>	<p>Turbó el piadoso fúnebre homenaje Y anunció desde el alto barandaje Nuevos horrores que mirar después. Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo... Sonó un golpe violento... Y, de repente, De sangre salpicósele la frente Y vió el roto cadáver á sus pies. «Esconda, dijo, su ignominia luego La sepultura que á pedirme vino; Comuneros, sabéis vuestro destino; Sed fieles al invicto emperador.» Y salió del castillo á lento paso, Con la mano enjugándose la cara Y agitando en el aire aquella vara Que sembraba el espanto y el horror.</p>
--	---

Es muy notable su colección de fábulas.

Las traducciones que hizo Hartzenbusch de varios poetas extranjeros, son imitaciones fieles del original, especialmente de los alemanes. Son insuperables las que dejó de Schiller. Su paráfrasis de *La Campaña* (dice Valera) «es hermo-

sa», y puede competir y exceder en perfección con cuantas traducciones se han hecho en diversas lenguas de la original producción alemana.

La vida de Hartzenbusch fué una serie de triunfos literarios que labraron la única felicidad que ambicionaba: dedicarla por completo al estudio.

Desde el año de 1847 era académico de la Española. El 54 fué nombrado Director de la Escuela Normal. Desde el 62 fué Director de la Biblioteca Nacional.

El año 75, pidió su jubilación, y cinco años después falleció en Madrid (2 de Agosto de 1880).

Como crítico fué uno de los mejores, más eruditos, justos y generosos que honraron á España en el siglo XIX. Los varios tomos de los *Autores españoles*, de Rivadeneira, que se coleccionaron bajo su dirección, y en que ordenó é ilustró obras de Lope, Tirso, Calderón y Alarcón, lo patentizan para perenne gloria de su nombre. Sus laboriosas investigaciones para la purificación del texto cervantino, viciado en muchas ediciones, son también de grandísima importancia y serán estudiadas por los inteligentes, aunque en muchos lugares acaso haya padecido error.

¡Qué gloria más pura, más grande, más merecida la del humilde, la del sabio, la del incansable obrero intelectual don Juan Eugenio Hartzenbusch!
